

CONCLUSIÓN

Chacune de mes appartenances me relie à un grand nombre de personnes; cependant, plus les appartenances que je prends en compte sont nombreuses, plus mon identité s'avère spécifique.

Amin Maalouf

El Félix de Azara que llega al Río de la Plata es un ingeniero militar español, formado en los principios de la ciencia moderna, impulsada por un nuevo espíritu crítico y liberal, que propone la razón humana y la experiencia como únicos medios de alcanzar el conocimiento. Es, por lo tanto, el arquetípico intelectual ilustrado, capaz de desarrollar múltiples actividades, incluso aquellas para las que no ha sido debidamente formado.

Pero la identidad de un individuo se va construyendo y transformando a lo largo de toda su existencia (Maalouf, 1998: 31). Los veinte años que pasa en comunión con la indomable naturaleza americana, lejos de embotar sus sentidos, operan una importante transformación en la vida y el pensamiento de Azara, quien encara una titánica empresa y la lleva a término sin que las dificultades y privaciones que debe superar a cada paso, hagan languidecer su empeño.

Su discurso podría calificarse de fronterizo, teniendo en cuenta la ubicación literal y metafórica del autor y la influencia que este hecho tuvo sobre su percepción de la realidad. Azara vivió y desarrolló sus actividades en la frontera temporal entre dos épocas y por ende en la confluencia de distintas corrientes ideológicas: el siglo XVIII está regido por las corrientes propias de la Ilustración y el Enciclopedismo, la adopción del empirismo y racionalismo como métodos científicos y la sustitución del teocentrismo por una postura antropocéntrica; además, antes del fin de siglo ya se perciben ciertos rasgos propios del Romanticismo sin olvidar que el pensamiento ilustrado puede considerarse como un precedente del Liberalismo y un puente hacia la época moderna. Todas las tendencias mencionadas están más o menos presentes en la escritura de Azara, algunas únicamente en forma de chispas aisladas vislumbrándose entre las ideas dominantes.

El destino espacial de Félix de Azara, en el marco de sus misiones oficiales, se ubica en la frontera geográfica (que él debía definir) entre los dominios españoles y lusitanos o entre las tierras ocupadas por los españoles y las habitadas por los indígenas (frontera que él debía trasladar), dependiendo de las comisiones que le fueron asignadas. Los textos del funcionario aragonés revelan la pugna entre su lealtad a la patria y el reconocimiento de los desatinos cometidos por la administración colonial.

Las actividades que desarrolla en América lo sitúan en la frontera vocacional entre el ingeniero militar y el naturalista circunstancial obligándolo a apelar, para enfrentar el desafío que suponía el desconocimiento de las ciencias naturales, a sus nociones humanísticas, geográficas, matemáticas y a aplicar los métodos propios de las ciencias exactas a sus observaciones del mundo natural.

Sus escritos, y en especial su correspondencia, transmiten su malestar por encontrarse en una frontera cultural, alejado del mundo instruido europeo y confinado en los márgenes del imperio sin libros ni trato racional, entre civilización y barbarie (para usar los términos popularizados años más tarde por Sarmiento, desde la literatura). Aunque su constante trajinar lo lleva a establecer contacto con autoridades portuguesas y españolas, elites criollas, compañeros de expedición y nativos de distintas etnias, también lo obliga a pasar largos períodos de aislamiento dedicado a viajar para confeccionar sus mapas, a reforzar la presencia hispana y la seguridad en las zonas de frontera, a la observación de las costumbres de los animales o al cuidado de los que capturaba con vida y conservaba en cautiverio para estudiarlos. En contraste con los largos períodos de aislamiento social e intelectual a los que se ve sometido, su obra revela un proceso de evolución ininterrumpido hacia la madurez que parte de sus escritos ostentan.

Una vida jalonada por cambios de toda índole lo convierte en actor y espectador privilegiado, con movilidad en distintas esferas y le brinda la posibilidad de evaluar los distintos contextos (europeo, metropolitano y colonial) a los que se va integrando, le permite diversificar sus actividades y establecer contacto con individuos de distintas clases sociales, funciones y procedencia, le ofrece acceso a documentos depositados en los archivos de distintas ciudades americanas o le permite transponer los umbrales de museos e instituciones francesas y españolas, le facilita el conocimiento de teorías, ideologías y debates que circulaban en esa época y la posibilidad de realizar la comprobación empírica de algunas teorías.

El hecho de traspasar tantas fronteras, físicas y virtuales, ha contribuido, sin lugar a dudas, al desarrollo de nuevas aptitudes y a dotar el pensamiento azariano de características propias. Estos factores sumados a su constante búsqueda de veracidad y objetivismo (que, evidentemente, no siempre logra), su espíritu crítico que no excluía la tolerancia, su equilibrio entre las ciencias y las humanidades y su capacidad de establecer hipótesis a partir de la simple observación, le permiten elaborar una perspectiva personal del universo que describe en sus textos, iluminando su discurso con destellos de originalidad que lo distinguen del producido por sus contemporáneos y, probablemente, ha favorecido su recepción en diversos países, tanto de Europa como de América.

Así, lo veremos promover la preservación de la naturaleza contradiciendo las expectativas imperiales de explotación intensiva de los recursos y la confianza setentista en una naturaleza inagotable; colaborar en la empresa colonizadora, pero con el íntimo convencimiento de que el hombre destruye el medio ambiente en el que se instala y que es justamente la existencia de los “salvajes” la que transcurre en armónica relación con el entorno natural, estado de perfección que va desapareciendo a medida que avanzan hacia la civilización; integrar en sus poblaciones habitantes de orígenes diversos, fomentando el reparto equitativo de las tierras y el tratamiento humano e igualitario de todos los individuos y condenar tanto los métodos laicos de explotación de la mano de obra indígena como el sistema de comunidades jesuítico; o erigirse en defensor de ese “último rincón del universo” del que con frecuencia quisiera alejarse definitivamente.

Desde la perspectiva de nuestra investigación, un discurso donde se entrelazan, superponen, atemperan y hasta chocan las miradas del funcionario, el científico, el geógrafo, el naturalista, el antropólogo, el viajero o el ecologista, constituye una de las mayores riquezas de la obra azariana.

Sin duda, revisten particular importancia aquellas miradas que evidencian el interés de Azara por la preservación del universo americano. Efectivamente, su compromiso con la naturaleza es uno de sus rasgos más importantes e inusitados. La constante inquietud, propia de un ecologista contemporáneo, por la protección de una naturaleza grandiosa y paradisíaca que comienza a verse amenazada por la actividad humana, supera el tenor de las voces conservacionistas europeas y completa las argumentaciones de la época, incluyendo la conservación del equilibrio ambiental, mediante la preservación de toda manifestación de vida (por pequeña o falta de valor comercial que esta sea), y el respeto por su distribución geográfica. También se destaca por el respeto y valoración de las culturas americanas (no necesariamente en relación directamente proporcional a su grado de asimilación a la cultura europea) y el manifiesto deseo de fijar por medio de la escritura sus características y prácticas, rescatando así del olvido un universo en vías de desintegración.

Además de la capacidad de su autor de producir un discurso en el que convergen un amplio espectro de miradas, la obra de Azara presenta otras particularidades que merecen ser destacadas.

Una de estas características distintivas es el autodidactismo de su autor. La importancia de sus estudios sobre la naturaleza reside precisamente en que, a pesar de provenir de un autodidacta que emprende su tarea en América sin ningún contacto previo con las ciencias naturales, sin comunicación con otros naturalistas ni libros en los que fundamentarse, se

convierten en las obras más completas, en cuanto a número de especies catalogadas, y cuyas sorprendentes intuiciones, nacidas de la observación, aportan correcciones a autores de gran renombre y ponen en tela de juicio las teorías unánimemente aprobadas en Europa.

Capaz de hacer evolucionar sus ideas, independientemente de sus escasas fuentes, no sólo logra completar las taxonomías de Buffon y corregir sus afirmaciones erróneas sino también recoger y modificar interesantes teorías sobre una problemática variada, basándose en deducciones nacidas del examen atento de la naturaleza. Considerado por algunos autores como un precursor de las ideas sobre la evolución de las especies (aunque en un estadio muy primitivo), realiza un importante avance al no aceptar totalmente la teoría fijista, ubicándose entre ésta y el transformismo. Discute la teoría de las grandes migraciones animales (para explicar el poblamiento del planeta) y acepta en parte la teoría creacionista pero introduciendo la posibilidad de creaciones simultáneas y sucesivas. Se interesa por los animales domésticos y la herencia de los caracteres, poniendo particular atención en la selección artificial y la pigmentación animal. Propone las causas de carácter interno como productoras de las mutaciones observadas en distintas especies animales, aproximándose así a la teoría de la herencia que sería enunciada un siglo después. También reflexiona sobre el origen del hombre inclinándose, en este caso, por la teoría creacionista pero insertando una variante que cuestiona la hegemonía blanca: para Azara, el primer hombre era de raza negra. Sus textos describen un mundo dinámico en el que interactúan, en plena armonía, hombres, animales y plantas. En sus observaciones de los seres vivos descubre y reflexiona sobre ciertos fenómenos que desafían las explicaciones teológicas y las deficiencias del conocimiento ilustrado. De ese modo, Azara participa en la construcción de saberes futuros, llamando la atención sobre algunos hechos que décadas más tarde serán analizados e interpretados por Darwin.

Azara es también un caso especial, si consideramos que realiza su amplia y laboriosa tarea de recolección, examen y clasificación de especies prácticamente solo, exceptuando la colaboración del padre Nosedá. No es menos meritoria la labor cartográfica realizada, aunque la haya llevado a cabo con el auxilio de algunos compañeros y subalternos de la Expedición de Límites de la América Meridional, si tenemos en cuenta la magnitud de la empresa desarrollada.

Sus obras atesoran un considerable caudal de conocimientos empíricos ignorados y, en consecuencia, recibidos con gran expectación por los científicos europeos, que lo convierten en el precursor de los naturalistas sudamericanos del siglo XIX y en una invaluable fuente para sus investigaciones. Baste recordar que llevaba siete años en Sudamérica y había comenzado la redacción de algunas de sus obras, cuando llega la Expedición científica de Alejandro Malaspina a Montevideo (1789); que cuando su obra se estaba publicando en Europa, emprendían su viaje

Humboldt y Bonpland (1799-1804) y que a su fallecimiento faltaban todavía cinco años para que iniciara su viaje D'Orbigny (1826-1833), once para que Darwin se embarcara en el Beagle (1832-1836) (Mones y Klappenbach, 1997: 83) y treinta y cinco antes de que Burmeister pisara el suelo rioplatense.

Desprovisto de formación en ciencias naturales pero valiéndose de su enorme voluntad y de dos métodos científicos básicos, la observación y la deducción, logra realizar un inestimable aporte a las ciencias de la época y a otras que se consolidarían mucho más tarde, como a la etología, describiendo el comportamiento de los animales; a la biogeografía, al indicar la distribución y hábitat de especies biológicas; a la genética, porque intenta extraer conclusiones de los hechos observados en ese ámbito; a la anatomía y a la morfología, por agotar sus conocimientos y medios para lograr las descripciones de cuanto elemento estuvo a su alcance; a la botánica, dedicando extensos capítulos de sus obras a diferentes tipos de plantas; a la zoología, al realizar las más fieles descripciones de la época sobre los animales; a la geología, porque dedica parte de sus esfuerzos descriptivos a las riquezas minerales y a la composición de los suelos; a la antropología, porque sus informaciones de observador fidedigno, las más completas y con frecuencia las únicas de que se disponen sobre algunas etnias, preservaron del olvido a tribus actualmente extinguidas o totalmente aculturadas ; y por último, a la lexicografía, dentro de la que es reconocido como autoridad para muchas voces que aparecen escritas por primera vez en su obra (Mones y Klappenbach, 1997: 84).

Encontramos otra peculiaridad de la obra azariana en la difusión que sus ideas alcanzaron dentro del proyecto europeo para conocer la naturaleza americana en relación con otras expediciones oficialmente organizadas con ese fin y cuyos trabajos permanecieron largo tiempo archivados sin lograr su publicación (la Expedición Malaspina es el ejemplo paradigmático) y, más aún si consideramos el carácter extraoficial de su labor (al menos en sus primeros años) y el escaso apoyo gubernamental que la misma originara. Si Azara hubiera contado con la aprobación sincera de las autoridades españolas, éstas le habrían proporcionado probablemente, como sucediera en otros casos, libros o informaciones pertinentes. En cambio, él recibe únicamente una aprobación condicionada a ciertos requisitos.

Félix de Azara tuvo la suerte (no muy frecuente en el mundo científico español de su época) de ver publicados algunos de sus escritos y disfrutar en vida del reconocimiento casi unánime a sus originales aportaciones. Debe agradecer esta posibilidad, en parte, a la intervención decisiva de su hermano José Nicolás para hacer conocer su primer manuscrito y facilitar su vinculación con el ambiente científico parisino. Es muy probable también que Azara, como lo hiciera con los gastos de sus investigaciones, pagara sus propias publicaciones acelerando, de ese

modo, el proceso de difusión de *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y río de la Plata* y de *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y río de la Plata*.

El interés suscitado por los textos de Azara no está exento de inconvenientes. Precisamente, uno de los problemas que dificulta el trabajo de todo investigador que se acerca a su obra es la enorme complejidad de las fuentes. El valor alcanzado por la misma explica la existencia de numerosas copias manuscritas en archivos americanos y europeos que confunden y desorientan a los interesados en su estudio.

Otra particularidad de la obra de Azara es la influencia que ha ejercido en las regiones donde desarrollara sus investigaciones y su perdurabilidad en el tiempo.

Todo el material cartográfico, geográfico, botánico, zoológico, antropológico e histórico compendiado por Azara en sus escritos favoreció el conocimiento y la valoración, por parte de sus habitantes, de regiones hasta entonces marginales y poco conocidas del imperio español contribuyendo además, a trazar límites definitivos y consolidar la presencia humana en las fronteras, preservando así el territorio de los intentos expansionistas lusitanos. También se atribuye a Azara la paternidad de las representaciones culturales más perdurables acerca de las poblaciones rurales rioplatenses que, por otra parte, fueron recogidas muy tempranamente por un número bastante importante de viajeros y científicos que recorrieron la región.

Azara realiza un fundamental legado a Paraguay, cuando en 1793, ofrece al Cabildo de Asunción el primer mapa de la región junto a una primitiva versión de la *Descripción*.

Distintos autores, especialmente uruguayos, han resaltado la influencia de Azara en la ideología de Artigas, basando sus afirmaciones en que, durante su permanencia en la Banda Oriental, Azara estaba en contacto permanente con su ayudante y miembro del cuerpo de Blandengues, José Gervasio Artigas. Quien más tarde sería un héroe de la independencia uruguaya le proporciona informaciones sobre la región, al mismo tiempo que asimila las ideas económicas y sociales de Azara.

Se ha destacado, además, el preponderante lugar ocupado por la obra de Azara en la historiografía argentina. En 1846, el escritor y diplomático Florencio Varela publica los *Viajes* de Azara en castellano señalando, en el prólogo de la edición, que el mérito de Azara radicaba en la "fuerza de observación y razón despejada" que transformaba su obra en lo mejor y más exacto que se había escrito sobre esa parte de la América Meridional. La traducción de la obra estuvo a cargo de Bernardino Rivadavia, primer presidente argentino e impulsor, en 1826, del proyecto liberal de construcción de la nación, quien tenía sumo interés en difundir los textos de Azara en el Río del Plata. Por su parte, otro importante actor en los turbulentos inicios de la emancipación

argentina, el militar, político y escritor Bartolomé Mitre, siguió con gran interés la obra de Azara, consiguiendo, no sin esfuerzo, una copia de la *Descripción* que actualmente se halla depositada en el Museo Mitre de Buenos Aires y fue el editor, en 1873, de los *Viajes inéditos*.

Como vemos, la obra de Azara contribuyó, en cierta manera, a afianzar las identidades de distintos países, consolidar sus territorios e inspirar planes económicos y sociales a los primeros líderes nacionales durante el período de la emancipación. Consideramos que los textos de Azara han sido más valorados y han ejercido mayor influencia en América que en su país natal y que la singularidad del discurso azariano tiene mucho que ver con el éxito de su recepción en los países de América del Sur.

Para finalizar, sólo resta destacar que su obra continúa siendo difundida y atrayendo el interés, a ambos lados del océano, cuando han transcurrido más de dos siglos desde su aparición. ¿No es esta una prueba fehaciente de su originalidad?